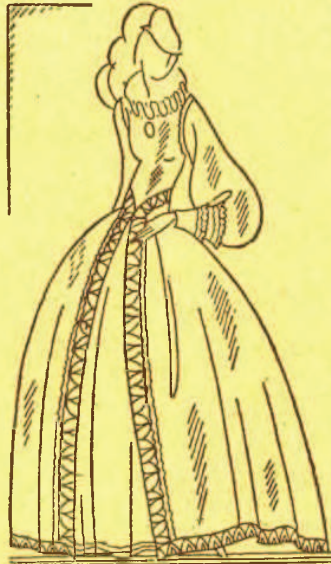


# La Paiva La Aventurera que logró todo cuanto se propuso

Hija de un vagabundo del "ghetto" de Moscú, fué marquesa, fué condesa, fué ídolo del mundo elegante de los días de Napoleón III.

¿En qué consistió el atractivo de esta mujer famosa? La Paiva no era bella, ni muy inteligente, ni muy culta... Empero, obtuvo y triunfó sobre todo lo que se empeñó.



ENTRE los aventureros y aventureras que comenzaron a llegar a París en los días de Napoleón III, la Paiva figura como estrella de primera magnitud. Su vida fué una obra maestra de cinismo y avaricia.

Teresa Lachmann nació y creció, Jehová sabe cómo, en el "ghetto" de Moscú. A los diez y siete años, hacia 1836, era, bajo sus harapos, una muchacha arayente y despierta.

No había nada de clásico en su belleza. "Parecía una de esas diablas que trepaban a la grupa de los caballos de los cosacos en las noches de "progrom"—dice Marcel Boulenger, su biógrafo.—Sacudía en torno de su cabeza una revuelta selva de lianas sombrías y serpientes azules. Su nariz era atrevida, rota en la punta como la de un calmuco y sus anchas aletas palpitaban en forma indecorosa. Conjuntamente con esto, su boca recta, de escaso dibujo, muy roja siempre; y, como final, los ojos enormes, de mariposa, ojos que un día atacaría la miopía, pero que entonces eran tan ardientes y brillantes que fulguraban por la noche cual los de un felino".

Por lo pronto, se casó con un pobre gastre de Moscú. Francés de nacimiento, Antonio Villoing. Muy pronto le abandonó con el hijo que de él había tenido

y, trasladándose a París, se radicó en el barrio de San Pablo, donde no debió sentirse extranjero. En pocos años, con el empleo juicioso de su talento y habilidades, salió de la miseria y de las privaciones, tuvo trajes y alhajas aunque los primeros fueran de segunda mano y las joyas de vulgar imitación. Comenzó a viajar. Los viajes dan distinción y, cuanto más se anda, alejan la oscuridad de los orígenes.

Para el año 1841 estaba en Ems. Allí conoció a Enrique Hertz, pianista, entonces famoso, muy rico, a quien sedujo y arrastró hacia París. De regreso se instaló con lujo, con distinción. Comenzó a recibir en sus salones a los más conocidos músicos y escritores: Wagner, Gautier, Girardin acudieron a sus reuniones. Fueron aquellos los años mejores. Con el refinamiento de los usos y costumbres, Teresa pulió y dió artificiales atractivos a su persona. Hasta ganó su espíritu. Leía, se instruía lo más que podía, fingía entusiasmarse por los bellos versos, se apasionaba por las obras de moda. Sus trajes y tocados comenzaron a ser verdaderamente notables. Se vestía con extraordinario lujo, coleccionaba pulseras y collares. Por otra parte, dió pábulo a las más descabelladas leyendas, afanada en olvidar su oscuro origen. Un día el pobre Martín Lachmann se convirtió en el gran duque Constantino Pavlovitch, su padre. El encargado de divulgarla, inocente pero empeñosamente, fué Teófilo Gautier. Se convirtió en madama Hertz. Se empeñó en franquear todos los peldaños sociales y fieramente, del brazo de su esposo apócrifo, se presentó en un baile del palacio de las Tullerías. La detuvieron a la entrada, Luis Felipe y María Amelia, cuya corte fué de las más severas y escrupulosas que tuvo Francia, no admitían en sus recepciones los falsos matrimonios. La indignación de Teresa no tuvo límites. Juró vengarse y juró que alguna vez entraría en aquellos salones. Y así parece que fué, años más tarde, bajo el imperio de Napoleón III, pero del brazo del conde de Henckel.

El dinero que ganaba el pianista, tanto con su arte como con su tienda de pianos, desaparecía inmediatamente entre las manos de Teresa. Comenzó a escasear, y Hertz entonces decidió recurrir al que más tarde sería el recurso de todos los artistas: preparó una jira por América.

Teresa quedó en París para dirigir la casa de pianos; pero sus gestiones no tuvieron éxito. La fami-

lia del pianista decidió defender los intereses de éste y la alejó definitivamente. Ella no se inmutó. Continuó su vida de escándalo y dilapidación. Atravesó malos momentos y estuvo a punto de suicidarse. El 15 de junio de 1849, Antonio Villoing, su verdadero esposo, tuvo la delicadeza y hasta si se quiere el buen tino de morir, dejándola en libertad absoluta.

Instalada en una curiosa casa cubierta de esculturas góticas, en la plaza de San Jorge, rodeada por todo género de lujos y comodidades, llamó la atención del marqués Araujo de Paiva, joven portugués, fogoso y enamorado, que decidió hacerla su esposa.

"La Paiva"! Teresa Lachmann conservó desde entonces hasta la muerte este nombre. ¿Cuánto tiempo, en realidad, fué marquesa? Unos escasos meses. En cuanto se hubo casado y asegurado una buena parte de la fortuna de su segundo esposo, se apresuró a alejarlo de sí, sin que sea posible determinar con exactitud a qué se debió ello. De todas maneras, el marqués de Paiva fué un mal administrador y murió en 1872, en la mayor miseria. Mientras tanto, desde hacia veinte años, su esposa deslumbraba a París.

La Paiva declinaba dulcemente hacia los cuarenta años cuando conoció al conde Henckel de Donnersmark, joven prusiano grosero, pero de una riqueza prodigiosa. Fué la última pero la más bella de sus conquistas. Gracias a las riquezas del conde, que poseía numerosas minas en Alta Silesia, Teresa logró, cómodamente, construir su fabuloso hotel de los Campos Elíseos y adquirir el dominio principesco de Fontchartrain.

¿En qué consistió el atractivo de aquella mujer famosa? La Paiva no era bella, pero su cuerpo era perfecto; la fisonomía no tenía ningún atractivo; el porte, en cambio, era imponente. El espíritu alerta, aunque originariamente poco cultivado. Su conversación era brillante, mas vulgar y sin fondo alguno. Sus nuevos salones, empero, fueron frecuentados por hombres como Sainte-Beuve, Renán, Taine, Saint-Victor, Emilio Augier, León Gozlan (el ex secretario de Balzac, tan infiel como el Brousson de Anatole France), Gerome, Delacroix, Edmundo About, Girardin. Todos eran asiduos concurrentes.

Estalló la guerra entre Prusia y Francia. Henckel acudió a su patria y la Paiva le siguió, aunque deseando regresar cuanto antes a París.

Vino la paz y con ella la Paiva, tocada de honorabilidad, como aun vivía su esposo el marqués de Araujo de Paiva, obtuvo de Roma la casación de su matrimonio. La obtuvo el 16 de agosto de 1871 y el 25 de octubre la ex marquesa se convirtió en condesa de Henckel de Donnesmarck.

Poco después el gobierno de Grevy, tomando su revancha por la humillación sufrida por Thiers y a raíz de algunas no muy claras maniobras diplomáticas, insinuó a los condes de Henckel la conveniencia de trasladar sus petates fuera de Francia.

En 1875, Lefull, arquitecto de las Tullerías, construyó en Naudeck, no lejos de las minas de las que el conde era propietario, un castillo bastante parecido al palacio imperial incendiado poco antes. La condesa pudo, así, satisfacer su anhelo de grandiosidad...

Un día, indignada por la cruel verdad reflejada en un espejo, lo hizo añicos. Poco más tarde, una hipertrofia cardíaca — ¡extraordinaria ironía! — el 21 de enero de 1884, terminó con ella.

Unos meses después, el conde Henckel de Donnesmarck fué hecho príncipe y alteza por el emperador Guillermo

Peluquería y Barbería

de

Nicasio Muguerza

Servicio esmerado



Viteri, 13

RENTERIA

Charcutería de CECILIO UBANGA

Especialidad en Chorizos y Jamones

Puestos números 7 y 9 del Mercado

RENTERIA